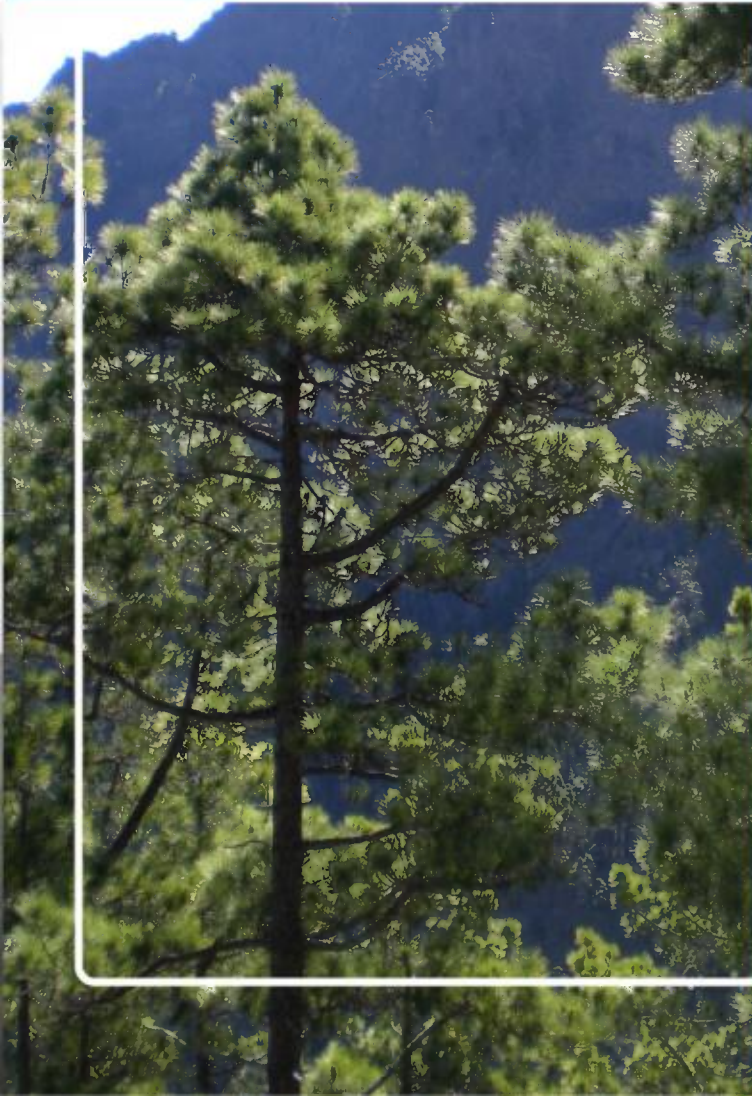


Ángel Sosa Ortega

Nueve islas,  
Nueve ensueños



Relatos y Fotografías: Ángel Sosa Ortega  
[legna.asos@gmail.com](mailto:legna.asos@gmail.com)

Ilustraciones: Luís Naranjo Sosa

Maquetación: Iván Peralta  
[vanitaperal@gmail.com](mailto:vanitaperal@gmail.com)

Impreso en: Gráficas Doramas, S.L.  
[gdoramas@graficasdoramas.com](mailto:gdoramas@graficasdoramas.com)

Las Palmas de G.C., Abril de 2.011

## INDICE

PRÓLOGO .....	1
RELATO 1.- El Lagarto .....	3
RELATO 2.- Las Grajas .....	21
RELATO 3.- La Paloma.....	41
RELATO 4.- La Alpiska.....	55
RELATO 5.- Los Guirres.....	69
RELATO 6.- El Camello .....	86
RELATO 7.- Lobos .....	105
RELATO 8.- Los Cangrejos.....	119
<b>RELATO 9.- Las Paredas.....</b>	<b>135</b>
<b>EPÍLOGO .....</b>	<b>149</b>



## Relato 9.- Las Pardelas

Me atrevo a decir que el encuentro que tuve al llegar a Isla Graciosa fue la mejor de las casualidades que he tenido en mi vida. Al bajar de la minúscula barca que me transportó desde la cercana Titherroy, y pisar el suelo arenoso en donde desembarqué, me dí de bruces con Maestro Chano. Al tropezar con él le oí maldecir con una exclamación que me sorprendió. Pasado el tiempo supe que era dado a estos estallidos verbales y los llegué a aceptar como si fuesen piropos. Los soltaba siempre que algo le incomodaba, y esta vez, lo que le causaba incomodidad era el cuerpo que le impedía seguir su camino, que como puede suponerse era el mío, y a mí venían dirigidas sus maldiciones.

-Disculpe, no quise...- Acerté a decir.

Me miró con sus ojillos de miope durante unos segundos que me parecieron eternos y al poco volvió la calma a su persona y sin decir nada me apretó contra su pecho con un abrazo estremecedor. Correspondí a tal manifestación de cariño dejándome abrazar sin oposición por aquel descomunal cuerpo de mi desconocido amigo. Porque Maestro Chano era alto y fuerte, proporcionado como una estatua griega, que contrastaba con mi figura de mujer alfeñique, y su color, como pude apreciar cuando nos separamos un pizco, era el del gofio de millo recién tostado y que a él llegó, seguro, por tantas horas al sol y al viento.

-Vaya, si por poco me rompe usted las costillas, ¡carajo!- Le dije esta vez.

Rompió a reír al oír mi palabrota con una risa estentórea apropiada a su hercúleo cuerpo, fuerte y sonora y de tanta duración

## NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

---

que hizo que las gaviotas que estaban en los alrededores elevaran el vuelo. Me volvió a abrazar esta vez sin magullarme ningún hueso y cogiéndome del brazo me preguntó, tal que me conociera de toda la vida, cual era el motivo de mi visita a su isla.

“Vengo a estudiar las pardelas”, le contesté mientras reflexionaba sobre el adjetivo posesivo que había dado a ‘su’ isla. Me pregunté cuánto tiempo llevaría viviendo en este islote en el que las familias podían contarse casi con los dedos de una mano según me habían informado. Miré a izquierda y derecha y sólo pude ver montañas de arena blanca por todas partes entre las que había unas casas pequeñas albeadas de blanco que casi no se distinguían del paisaje. Eran casas de pescadores como atestiguaban las redes y las barcas que estaban más afuera de los soportales. Hombres atezados y mujeres de un moreno casi negro pese a los sombreros redondos de paja que les cubrían cabeza y rostro, algunos desarrapados chiquillos y unos perros que me daban la bienvenida con sus ladridos, completaban el cuadro.

-¿A estudiarlas...?- volvió a reír y la risa esta vez le impidió completar la frase pues se ahogaba con ella.

Como supe más tarde cuando llegué a tener confianza con Maestro Chano como para que me contara cosas de su vida él había venido a Isla Graciosa con igual ilusión que yo. También había llegado movido por su afición a la ornitología para estudiar la vida de los pájaros que en sus migraciones hacían escalas en el islote y, de paso, a las pardelas que aquí acuden en su período reproductor. Hombre proclive a pasar horas enteras sin hacer nada aparentemente se extasiaba ante el volar de un pájaro, el sonido de los trinos, la forma de los nidos, el cuidado de los polluelos, el arte de darles la comida, el

apareamiento... Llegó con la ilusión a Isla Graciosa y aquí quedó anclado su barco cargado de sueños.

-Bien-, dijo cuando la risa dejó paso a una mirada amable a través de sus ojos húmedos, -veo que eres una chica capaz de estudiar lo que te propongas. Aquí estarás bien, ya lo verás-.

Francamente yo empezaba a dudarlo. Había conseguido una beca para hacer el Doctorado en la Universidad y sin pensarlo dos veces embarqué en Isla Grande con una mochila y mis pocas pertenencias rumbo a esta isla del archipiélago Chinijo, con escala en Titheroy, alocada decisión de la que ya estaba arrepintiéndome por momentos.

Me dejé llevar por Maestro Chano (al fin y al cabo no tenía mejor opción) y le acompañé hasta su destino. Los pies se me enterraban en la arena y notaba el frío del agua que me llegaba más arriba de los tobillos. Nos encaminábamos hacia una pequeña ensenada en la que el agua aparecía ser aún más limpia si ello fuera posible.

-Fíjate bien, me dijo, en el fondo semienterrado en la arena por aquí cerca hay un tesoro escondido-.

Pensé si estaría tomándome el pelo pero parecía tan absorto mirando al agua, caminando despacito de aquí para allá y entrando cada vez más adentro, que supuse que el sol habría calentado más de la cuenta su cabeza. No supe que contestarle aunque si lo hubiese hecho dudo que me hubiera escuchado. Al rato se volvió a mí y con una sonrisa de niño travieso manifestó:

## NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

---

-Hoy no ha habido suerte ¡qué se le va a hacer! pero mañana, ya veremos-.

Volvió sobre sus pasos y le seguí como un perrillo faldero sigue a su amo hasta llegar a una de las casas blancas. Según supe más tarde era de un pescador y de su mujer, Antonio y Carmen, que le habían cedido una habitación para que tuviera donde guarecerse. Porque Maestro Chano al poco tiempo de estar en Isla Graciosa, cuando su escaso peculio se le acabó, se hizo una construcción como Dios le dio a entender para vivir y en ésta, con abundantes agujeros, le entraba sin tregua el viento que llega del mar y el agua de lluvia de los escasos temporales.

El pescador y su mujer, nacidos en Isla Graciosa y que tenían por orgullo vivir felices junto a su prole sin necesitar lujos de pa'fuera, me recibieron con los brazos abiertos y me ofrecieron su casa cuanto tiempo la necesitara. Cené con fruición lo que me ofrecieron y caí rendida en la cama cansada del ajetreo del día. Me dormí con la imagen de mi nuevo amigo en la cabeza y de su tesoro en la orilla de la marea.

Me desperté con ánimos de darme un baño en la playa. Con bañador, playeras y toalla salí de la casa al tibio sol de la mañana y me dirigí a la orilla. El agua, al primer chapuzón, estaba fresquita y me dio un escalofrío de placer. Nadé cuanto pude y al salir vi que hacia mí, nadando desde muy afuera, venía alguien a quien no podía reconocer. Al rato, al estar más cerca la figura agitó un brazo y entonces alcancé a ver que era Maestro Chano que se me había adelantado en venir al mar.



A juzgar por su apariencia Chanito bien podría haber sido mi abuelo. Al salir chorreando agua su escaso pelo canoso y su barba rala denotaban que la juventud física hacía largo rato que había pasado por él. Se sacudió como un perro para secarse pues al parecer no necesitaba toalla y vino a tumbarse a mi lado.

-¡Hola, princesa!- fue su saludo. -Espero hayas descansado bien pues tengo que enseñarte la isla-.

No esperaba yo naturalmente semejante invitación que recibí alborozada.

∞ - - ∞

Aquel día Chanito parecía enroñado y sin ganas de hablar. Quedé confusa al verlo sin su cara resplandeciente de otros días. Bien es verdad que lo conocía de hacía tan poquito tiempo y tan poco que debí entender que su humor podría ser cambiante como el de cualquiera. Intenté preguntarle qué le pasaba pero con un gesto de su mano me indicó callar. Así que me senté a su lado y me entretuve tirando piedras al mar y contando las veces que rebotaban sobre las olas. Mi amigo, que hoy me parecía más viejo, no parecía darse cuenta de mi presencia y su mirada absorta se perdía en la lejanía. Pasó mucho rato, tanto como para permitir que el sol se adueñara del cielo picando inclemente mi piel. Me apetecía un baño y charlar un poco pero durante bastante rato no me atreví a interrumpir las divagaciones de mi acompañante ausente y esperé con paciencia franciscana a que sus pensamientos volvieran, y me hablara. En la espera venían hasta mí los recuerdos de las últimas semanas pasadas en Isla Graciosa. Me vi nuevamente bajando de la barca que me trajo desde Titherroy y del

## NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

---

tropezón que tuve con el cuerpo enorme de Maestro Chano. Ahora ya casi ni me acordaba de mi vida anterior ni de mi familia pues la sapiencia y bondad de este hombre me tenía atrapada. Supe por él que sus libros preferidos, que tenía en la caja vacía para el pescado que le servía de mesilla de noche, eran la Biblia y Las Mejores Poesías de la Lengua Castellana. Leía uno y otro libro con verdadera fruición repitiendo cuantas veces le hiciera falta un poema o un proverbio hasta aprenderlo de memoria y así recitaba siempre que venía a cuento uno de ellos. “Los Proverbios, me decía, son cosas serias y amables; escucha éste”: El buen nombre vale más que grandes riquezas, y ser estimado, más que el oro y la plata. Una vez empezaba parecía complacido viendo mi cara al escucharle y entonces casi no paraba: Más vale legumbres con cariño que un buey gordo con odio. Y así seguía durante bastante rato. Como también le gustaba mucho el Cantar de los Cantares, cuando estábamos en medio de una charla por muy interesante que ésta fuera, podía empezar a declamar con su voz cantora algunas de las estrofas:

¡Qué bella eres, amada mía, qué bella eres!  
Tus ojos son como palomas detrás de tu velo.  
Tus cabellos, como un rebaño de cabras  
Que ondulan por las pendientes de Galaad.  
Tus dientes, ovejas esquiladas que acaban de bañarse,  
cada una lleva su par de mellizos  
y ninguna va sola.

Y así continuaba recitando de memoria largo rato dejando a un lado la conversación sin importarle para nada que a veces los

chiquillos y mayores, o acaso deseándolo, se fueran arremolinándose a nuestro alrededor para escucharle.

No sé cuantas horas habían pasado cuando Chanito pareció despertar de su sueño y se desperezó moviendo su cuerpo como un perro que quisiera sacudirse las pulgas. Me miró apenas y con una pequeña carrerilla se lanzó de cabeza al mar y nadó durante un breve rato al cabo del cual vino a buscarme. “Vamos Niña, el agua está estupenda y tú ahí como una sopaboba”, me dijo. Fui al agua con él y noté el beneficioso frescor de la marea después de tanto tiempo bajo el achicharrante solajero.

Cuando salimos Chanito me dio una pista para saber de su enroñamiento del día. Había estado pensando y no le salía las cuentas para ultimar su proyecto. Quería hacer con toda su quincallería una estatua, dedicada a la pardela, para colocarla en el muelle de Isla Graciosa que fuera a su vez faro para las barcas que llegara de noche. Y por fin tenía una idea que quería llevar al papel. Así que me llevé detrás de la casa, la toalla rodeando mis piernas, hasta un chamizo que había convertido en su taller. Según me había enterado algún tiempo atrás en su juventud trabajó arreglando cocinillas y calderos y haciendo cientos de encargos de foniles, lecheras, faroles y baldes. Me pregunté entonces que diablos haría un latonero en una isla tan pequeña como aquella y más cuando supe que dedicaba bastante tiempo a esta su afición actual. Ahora, viendo como con trazos seguros y con un carbón iba dibujando la obra maestra a la que quería dedicarse sospeché cual iba a ser su obra preferida. Sobre la cartulina de dibujo que tenía en el suelo fue surgiendo lo más parecido a una loca figura abstracta que yo hubiera visto en mi vida. Lo que podría pensarse que eran las piernas de una futura escultura estaba

## NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

---

representada con dos apilamientos de cocinillas, unas encima de las otras; para la barriga y la espalda dibujó unas enormes palanganas mostrando sus fondos, para el pecho una cantidad de planchas de las de carbón de distintos tamaños; los brazos eran una sucesión de foniles y de moldes, terminados, el derecho con una navaja de afeitar mellada, y el izquierdo con un cazamariposas. Quedó dudando qué dibujar para la parte superior de la estatua meneando dubitativo su cabeza. Al final de su mano surgió el trazo firme de una bacinilla a la que le puso dos asas en forma de orejas, dos monedas de real por ojos, un encendedor por nariz y un trazo indefinido por boca que a saber con qué lo sustituiría en su momento, y en lo más alto del orinal se podía adivinar un nido con una pardela incubando.

Me quedé mirando a Chanito pugnando por salir de mi garganta una carcajada. En ese momento noté que la luz solar se había ido y tuve que encender el quinqué. A la luz parpadeante pude descubrir con formas fantasmagóricas la cantidad de cachivaches que había acumulado mi amigo en el cobertizo. ¿¡Cómo pudo coleccionar tanto trasto, Señor, como estoy viendo, entre los que además de cocinillas y calderos veo máquinas de coser a pedales, aparatos de radio de lámparas, lebrillos y vasos de hojalata y un sinnúmero de llaveros y de encendedores de esos de yesca y toda suerte de llaves de todos los tamaños, herramientas de carpintero y de herrero o de hojalatero, y yo qué se que más!? Pregunté al Dios de lo imposible en una plegaria muda ante tal desbarajuste. Para completar el cuadro que entreveía a la luz del quinqué mis ojos vieron colgados de las paredes láminas de mujeres desnudas y provocativas conseguidas seguramente de almanaques de años que ya eran historia.

La ejecución de la que estaba llamada a ser la obra artística representativa de Isla Graciosa durante mucho tiempo comenzó sin dilación. La noticia llegó hasta el último de los vecinos que se prestaron a colaborar e incluso atravesó el Río en la barca que les unía con Titerroy atrayendo en los días siguientes a algunos curiosos. Cómo iba a conseguir mi viejo amigo unir tales cachivaches formando un todo que no cayera al suelo era un misterio. Por lo pronto empezó por separar aquellas cocinillas que les parecieron mejores y se dio a la tarea de sacarles brillo frotándolas con mangrina y tierrasol. Carmen le prestó gustosa toda la casa para que hiciese cuantas diabluras se le ocurriese en pos de su empeño así que Chanito no tuvo empacho en preparar la cocina de carbón para tener a mano siempre caliente su soldador. Aquella estancia al poco parecía un campo de batalla en el que Maestro Chano, mandil al cuello, parecía general en plaza dispuesto a ganar todas las escaramuzas de aquella incruenta guerra.

Al cabo de unas semanas aquello no prosperaba pese al empeño del artista que parecía estar cada día más lejos de conseguir su obra maestra. Bien es verdad que ya tenía soldadas cocinillas con cocinillas uniendo patas con aros; también es cierto que la bacinilla lucía preciosa y hasta la boca conseguida era un primor; que las palanganas simulaban tener el ombligo redondo en su sitio y que el pecho de planchas y de hierros de planchar parecían latir con un oculto corazón. Pero, -siempre hay un pero-, estaba atorado Maestro Chano en la difícil tarea de engarzar estas joyas puesto que todo su saber en el arte de la soldadura no le daba para tanto y además de tanto atar los distintos cacharros de los brazos se le había acabado las verguillas. Mientras tanto nuestra huésped, que ostentaba el cargo de alcaldesa pedánea, se había propuesto tener listo un pedestal con una

## NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

---

inscripción acorde a la importancia del acontecimiento para el día de la inauguración y a tal fin se había trasladado a Isla Grande.

Aún sin regresar Carmen los días cambiaron amenazando lluvia y algunas nubes se adueñaron del cielo cambiando el aspecto de la isla. En el primer día de lluvias las aguas caían débilmente mojando poco a poco las arenas y las casas. Permanecía contemplando las olas y las gaviotas y mis pensamientos no se detenían en nada. Cuando Maestro Chano llegó junto a mí vi en su boca un gesto de dolor que antes en ningún momento había notado en él. Me pareció en aquel momento viejo de verdad y como si se sintiera inseguro y desvalido. Algo le reconcomía sin duda puesto que se sentó a mi lado en silencio dejando escapar algunos lamentos de sus labios entreabiertos. Era como si tuviese inmensa sed y toda el agua del mundo no pudiera calmarla. Le pasé mi brazo por su cintura y se dejó hacer como un niño necesitado de consuelo. Después de mucho rato se deshizo del abrazo y levantándose fue medio encorvado hasta la orilla lanzándose de cabeza al mar buscando posiblemente en sus aguas el antídoto para sus dolores. Al salir empapado vino hacia mí ofreciéndome su mano y me dijo: "Vamos Princesa, hoy sí que encontraremos el tesoro." Tiró de mí para ayudarme a levantar y el dolor volvió a hacer acto de presencia aunque trató de disimularlo. Me llevó bajo la lluvia hasta la orilla y al entrar en la marea me condujo como el día de mi llegada y como otros tantos días desde entonces a la ensenada en que según él encontraríamos el tesoro. Yo ya estaba igualmente empapada pero eso a Chanito le tenía sin cuidado. Miraba el fondo del mar y daba vueltas con sumo cuidado como quien no quiere despertar a un niño. Pasaba el tiempo y el golpeteo de las gotas sobre la superficie era cada vez más fuerte según iba arreciando la lluvia. De repente paró, miró con más fijeza y me señaló alborozado algo que en

las aguas se movía. Según pude ver era un pez de tamaño mediano y de colores vivos que se acercaba y retrocedía. Parecía no recelar de nosotros como si nos conociera o como si esperara que fuésemos a acariciarlo. De la cara de Chanito había desaparecido todo rictus de



dolor. Era ahora un niño pequeño viendo su tesoro favorito y de su boca salía una risa fresca como el agua de mar y de lluvia que nos envolvía. La 'vieja', el pez de vivos colores y ojos saltones, jugaba entre sus piernas.

Al día siguiente muy de mañana lo vi nadar remontando las olas. Su cabeza y sus brazos golpeando el mar se fueron perdiendo y hubo un momento en que le perdí de vista. Esa mañana se alejó mucho más de lo acostumbrado y comencé, pasado un tiempo que me pareció una eternidad, a inquietarme con una desazón que me corroía el alma. Mi mirada se perdía en la lejanía y mi corazón iba con ella pidiendo a Dios que Chanito regresara pronto para tranquilizarme. No sabía que hacer, si tirarme al mar en su busca o no, y al fin me

## NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

---

decidí por ir en busca de las mujeres de los pescadores para compartir mis temores, y todas nos quedamos en la playa con el corazón encogido. Los hombres estaban en la faena y en Isla Graciosa no había quedado ni una barca por lo que cualquier salida a buscarlo era imposible. En un momento de la espera alguien con sentido de la realidad comenzó el rezo del Padre Nuestro y poco a poco el silencio que había reinado hasta entonces se tornó en una salmodia de oraciones. No quería unirme a la desesperanza y mi cabeza era como una olla a presión sin válvula de escape. Por fin, tímidamente empecé a balbucear casi sin darme cuenta entre sollozos la oración que las mujeres dirigían a la Madre: Y bendita tú eres entre todas las mujeres... ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte...

Maestro Chano nunca volvió y sus cachivaches y sus sueños de escultor quedaron a merced del salitre, del viento y de la arena.





## Epílogo

Dicen los más ancianos del lugar, aquellos mucho más ancianos que mi venerado padre, que en las aguas del océano Atlántico, entre las Islas Canarias, se encuentra la misteriosa isla de San Borondón. Isla, seguramente, habitada de seres mágicos, lugares encantados y enigmas aún por descubrir.

En las páginas previas has podido disfrutar de las aventuras de decenas de personajes que transitan, viven y sienten en las diferentes islas canarias, desde El Hierro a Lobos, pasando por cada uno de sus parajes y lugares. Disfrutando de las vivencias de sus gentes, sus habladurías, pensamientos y recuerdos, venidos todos de la mente del genial escritor.

Según él, le ha quedado pendiente el último relato. Un relato de la isla de San Borondón, a la cual solo le dedica la contraportada del libro. Pero quizás este haya sido el único error desde el mismo día que se aventurara a subirse al viejo barco de papel y surcara sus mares con la fuerza de las letras en sus velas sobre el mar de la imaginación. Y es que, a mi humilde entender, San Borondón está presente en cada una de las letras, palabras, frases, ideas e historias que nos narra en sus páginas.

Los canarios sabemos que San Borondón está ahí. El solo sentir de la tierra nos hace saber que está presente entre nosotros. La brisa del Atlántico nos trae su latir por mucho que, durante muchos años no la hayamos podido ver. Algo parecido le pasó durante años a mi padre. Siempre supimos que él estaba ahí, aunque durante largo tiempo no podíamos divisarlo pues nos lo ocultaban las brumas.

Siempre supimos, aquellos que le conocemos y le queremos, que la sonrisa, la imaginación, el tesón, el trabajo, las ideas, los ideales, el espíritu juvenil y feliz, el ánimo de servir a los demás y ayudar en todo aquello que creyera justo, estaba ahí. Que, tras las brumas que durante un tiempo lo envolvieron, su espíritu seguía presente, la magia merodeaba su alma y sólo esperaba el momento propicio para salir.

Todos los que le conocimos bloque en mano, carretilla arriba y abajo entre árboles en la finca de su hermana; los que nos apoyamos en su hombro cuando estábamos mal o teníamos miedo; los que compartimos horas de carpintería, belenes y partidas de cartas; todos sabíamos que San Borondón no deja de existir. Simplemente, a veces, se oculta tras las brumas.

Pero San Borondón ha vuelto. Gracias, no sabemos muy bien a qué. Quizás a un cúmulo de situaciones. A que ese fuera el momento oportuno. A que ese día saliera el sol con un poco más de brillo que el día anterior. No sabemos bien el que, pero algo le hizo coger su cámara digital de fotos. Le animó a que rozara de nuevo las teclas del ordenador para contarnos a todos sus aventuras y desventuras. A que se sumergiera en las aventuras de la red de redes y que, poco a poco, empezaran a fraguar los textos que hoy tenemos delante y podemos disfrutar todos con una sonrisa entre los labios y otra en el corazón.

Él ha vuelto, San Borondón vuelve a verse en el horizonte allí donde los marineros recogen sus redes y sus nasas para volver seguros al hogar. Alegremente hoy sabemos que, esta vez, vuelve para quedarse.



Dicen quienes la han visto que la isla de San Borondón está muy cerca de nosotros en algún lugar del extenso Atlántico. Dicen, que en ella seguramente habitan los trasgos y los duendes de latitudes superiores a la nuestra y que a lo mejor las brujas de nuestros campos se cobijan entre sus brumas.

Estas cosas no las sabía 'Pancho' y por ello no pudo inspirarme ningún relato que tuviera asiento en la isla misteriosa de nuestro archipiélago. No obstante, yo veo en ocasiones a mi fiel perro con sus ojos semicerrados, cuando duerme la siesta, y entonces no me cabe la menor duda de que un día, más bien temprano que tarde, sacará de sus sueños historias de su mundo encantado.

Cuando, con susurros de ladridos me las cuente, trataré de darles forma. Y entonces los seres encantados de San Borondón nos dejarán saber de sus alegrías y de sus penas, que uniremos, quizá, a la de los personajes de estos ensueños de 'personas' verdaderas.

